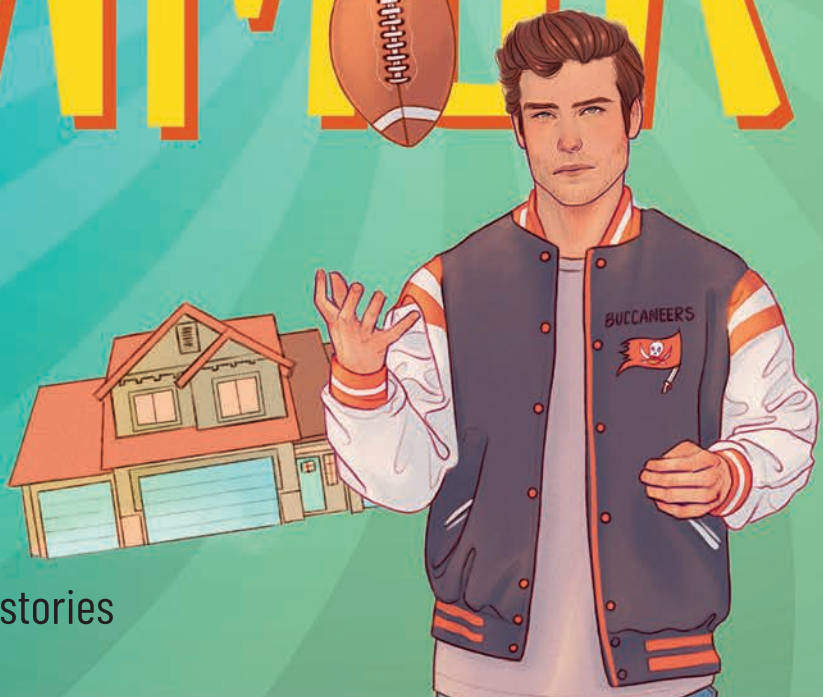
Loles López

# ARRIESGADA FARSA DE AMOR




Matchstories

# *Arriesgada farsa de amor*

Loles López

Matchstories

MatchStories es una colección de Esencia Editorial

© Loles López, 2025
© Editorial Planeta, S. A., 2025
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

© Ilustraciones del interior: Shutterstock

Primera edición: enero de 2025
ISBN: 978-84-08-29652-2
Depósito legal: B. 22.034-2024
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Huertas Industrias Gráficas, S. A.
*Printed in Spain* - Impreso en España

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.
El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Si compras este libro y respetas las leyes de propiedad intelectual al no reproducirlo sin permiso, por ningún medio, total ni parcialmente, estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

PEFC Certificado
Este libro procede de bosques gestionados de forma sostenible
PEFC
PEFC/14-38-00305
www.pefc.es

# Capítulo 1

## Menuda historia de amor

*Jessica*

Los Ángeles (California), un mes después

Me está costando más de lo que pensaba acostumbrarme a mi nueva vida como universitaria. Es cierto que vivir sola lo hace todo más sencillo, pero también me aísla del mundo y... no tengo amigas.

Ninguna.

La única persona que conozco en la ciudad es Duncan y, entre sus entrenamientos, sus clases y que el tío no para haciendo cosas de las que no me apetece enterarme, me siento muy sola. Por eso, en un arranque de valentía, me he apuntado a clases de baile. ¡Necesito hacer amigas como sea! Además, desde bien pequeña he asistido a academias tanto de *ballet* como de baile moderno; era inevitable que también lo hiciera aquí.

Miro mi reloj de pulsera; he quedado con Duncan en el campus de la UCLA porque vamos a almorzar juntos y después me iré con él al estadio para asistir a uno de sus partidos. Hemos tenido que citarnos aquí y no en mi apartamento —situado muy cerca de donde está el suyo— porque mi última clase ha terminado hace tan solo dos minutos y yo había quedado con él hace diez. ¡¡Aaaaggghh!!

Sé que no debería agobiarme, Duncan siempre llega tarde, pero yo odio hacerlo; por eso acelero mis pasos y, al llegar, ahogo un suspiro de alivio al comprobar que soy la primera.

¡Bien!

Miro a mi alrededor y me doy cuenta de que no hay mucha gente por el campus. Me imagino que algunos estarán todavía en las aulas; otros, en sus residencias, y los más suertudos ya estarán disfrutando del fin de semana. En todo caso, esta vez no me siento alicaída. Tengo un plan y sé que todo irá a mejor ahora que me he apuntado a la academia de baile. El entusiasmo, pero sobre todo las ganas de empezar con mis clases, me hacen buscar una canción en concreto en mi aplicación de música. Me pongo los auriculares y sonrío mientras deslizo el dedo hacia la carpeta con música española de dicha app, porque gracias a mi madre me estoy obsesionando con ella, y selecciono la increíble, superconocida y bailable *Despacito*, de Luis Fonsi.

Uf, ¡si es escuchar los primeros acordes de la melodía y venirme arriba!

Comienzo a cantar bajito para después balancear el cuerpo con la pegadiza canción, anhelando encontrar en mi vida a alguien con quien vivir una atracción como cuenta su letra. Vivirla despacito, impregnarme de ella y sentir cómo mi piel se eriza si esa persona está cerca.

Sería taaan genial.

Me pongo a bailar por el césped, cierro los ojos, muevo las caderas y me dejo llevar por mi imaginación, que me conduce a recrear una situación inventada muy romántica (porque, cuando me pongo, me pongo) con un chico que todavía no tiene rostro y...

Choco contra algo y abro los ojos al sentir que pierdo la estabilidad y el peso de mi cuerpo me arrastra de espaldas hacia el suelo, pero una mano, una gran mano, me sujeta del brazo para impedir que acabe cayéndome de culo.

Noto que me estabiliza y en mi campo de visión aparecen los ojos más azules que he visto en mi vida, que me hacen abrir y cerrar la boca cual pececillo al sacarlo del mar.

Veo cómo mueve los labios, que tampoco están nada mal, bien definidos y bonitos —¿desde cuándo creo que unos labios son bonitos?—, pero no oigo nada porque... ¡Qué tonta! Me quito los auriculares de un zarpazo y veo que entorna esos increíbles ojos al darse cuenta de que no lo oía.

—¿Estás bien? —me pregunta con una voz muy grave que eriza mi piel de una manera ilógica, y asiento sin dejar de mirarlo.

Pelo castaño ligeramente humedecido.

Alto, muy muy alto.

Y un hoyuelo en la barbilla que la parte en dos y que le da un no sé qué, qué sé yo, que me obliga a cabecear para contestarle.

—Sí, sí... ¿Te he hecho daño?

—No —dice con una sonrisa, y... ¡menuda sonrisa!

—Yo... lo siento, no te he visto y... —comento sintiendo que las mejillas me arden, porque creía que no había nadie y por eso me he puesto a bailar.

—Me he dado cuenta.

Nos quedamos observándonos sin decir nada y me fijo en que sigue sosteniéndome del brazo. Trago saliva. Él tiene sus ojos sobre mí sin hacer el amago de dejar de mirarme. Bajo la vista ocultando una sonrisita y comienzo a notar cómo el calor de su mano se extiende por todo mi cuerpo.

—¿Estudias aquí? —me pregunta, y noto que desliza los dedos liberando mi brazo, dejándome huérfana de su calor.

—Eh, sí. ¿Y tú?

—No, estoy en la Universidad del Sur de California —contesta con una sonrisa; asiento porque he oído hablar de ella, está a media hora en coche desde aquí—. ¿Cómo te llamas?

Ay, está ocurriendo, ¡¡no me lo creo!! Si hasta ya lo puedo intuir, menuda historia de amor voy a vivir, y podré contarles a todos que con un tropiezo comenzó nuestra romántica relación. Y..., cómo no, mi imaginación, que va a mil por hora, empieza a hacer de las suyas y pienso que, tal vez, este chico sea ese que me haga enamorarme. Y me pongo a divagar sobre nuestras futuras conversaciones, sobre cómo serán nuestras citas y sobre qué momento elegirá para besarme por primera vez. Sí, porque será comprensivo, amable, simpático y divertido; además, le gustará más pasear que correr, le encantará ir a musicales, será más de perros que de gatos y preferirá millones de veces el libro a la película.

Siento que me vuelvo a sonrojar al fabular sobre cómo será cogerlo de la mano, cómo será que me abrace y cómo será mi primera vez con él: seguro que tierna, romántica..., con un montón de velas alrededor de la cama y música sensual para amenizar. Además, será especial. ¡Muy especial! De esas que tendrán banda sonora y luego, por nuestro aniversario, la escucharemos mientras nos miramos a los ojos.

¡Mierda! Tengo que contestarle, él me ha preguntado cómo me llamo. Abro los labios para decirlo y...

—¡¡Jess!! —oigo de repente, y no puedo evitar fruncir el ceño ante esta intromisión. Al volverme veo a Duncan correr hacia donde estoy—. Lo siento, lo siento y lo siento —añade a la carrera para después mirar a mi acompañante—. Al final la has encontrado.

Parpadeo confundida, miro de nuevo a ese desconocido que tiene los ojos anclados en mi amigo, y luego otra vez a Duncan, que nos sonríe como si todo esto fuera muy normal.

—¿Ella es Jessica? —pregunta el chico de los ojos azules, y Duncan sonríe mientras pasa el brazo por detrás de mis hombros y me aprieta contra su costado con familiaridad.

—¡Claro! Esta es mi mejor amiga, Jessica Sallow —suelta con una amplia sonrisa—. Jess, él es mi amigo Cameron —dice

con orgullo, y asiento sintiendo cómo mis ilusiones se desinflan igual que un globo al acercarle una afilada aguja.

Lo peor es que ahora mismo me siento una idiota por haber pensado que con él iba a vivir mi historia de amor. Porque este no es un chico normal y corriente, nooo. Él es Cameron Griffin, el compañero de equipo de Duncan, a quien también seleccionaron mediante el *draft*, como a Duncan; por lo tanto, es jugador de fútbol profesional y queda totalmente descartado, aunque en un principio me haya resultado mono.

¡Qué penaaa!

Porque... es cierto que Duncan me ha hablado de Cameron, pero nunca me imaginé que sería así y mucho menos que me sentiría atraída por él. No sé si es que he aprendido a identificar la testosterona de macho alfa de los jugadores de fútbol y, en cuanto veo uno, me aparto de su camino veloz.

Menos con él.

Creo que he fallado por culpa del momento bailoteo con la canción de Fonsi y por eso no he estado rápida en identificarlo.

Fuerzo una sonrisa desechando cada escena romántica que mi mente desatada ha creado para volver a mirar a Cameron bajo una nueva perspectiva. Este, como si también le hubiese extrañado esta casualidad, nos mira a los dos muy serio.

—Al fin te pongo cara —le digo, y él simplemente asiente con la cabeza sin abrir la boca—. ¿Por qué has llegado tarde? —le pregunto a mi amigo, lanzándole una mirada asesina mientras le propino un codazo en las costillas.

Pero se lo merece.

Si Duncan hubiese venido a la vez que su amigo, mi mente no habría idealizado este encuentro y desde el principio habría visto a Cameron como a un compañero más de Duncan.

Como siempre he hecho con todos ellos.

Y no como un posible candidato para vivir una bonita historia de amor.

—Bueno, ya sabes... —susurra Duncan enarcando una ceja al tiempo que esboza una sonrisita gamberra, y no hace falta que siga, porque lo sé: una chica. Siempre es una chica...—. Pero lo importante es que ya estoy aquí y que nos vamos a ir los tres a almorzar juntos. Joder, ¡qué ganas tenía de que empezara la temporada!

Nos encaminamos hacia un restaurante cercano, Duncan sin parar de hablar y yo, mirando de reojo a Cameron, que ahora mismo parece una sombra del chico que ha impedido que me cayera de culo.

Y no comprendo por qué.

# Capítulo 2

## Esperar toda una vida

*Cameron*

Tres meses después

—Jodeeer —ruge Duncan mientras le da un puñetazo a la taquilla para cerrarla después de vestirse.

—Tío, solo es un partido —le recuerdo cerrando mi taquilla y viendo cómo mi amigo me echa una mirada fulminante.

—He cometido tantos errores que he tenido la sensación de que era un puto novato y, aunque sea nuestra primera temporada como profesionales, no lo es como jugadores —murmura abatido mientras salimos de los vestuarios.

—Todos podemos tener una mala tarde.

—Pero yo nunca la he tenido hasta ahora. —Al levantar la vista se queda quieto al ver a su amiga hablando con un par de compañeros de equipo en el pasillo—. Te he pedido que me esperaras fuera, Jess —le dice a la joven, que ahora mismo repara en él y enarca una ceja, extrañada por el tono brusco de este.

Incluso me sorprende a mí, porque Duncan no es de los que se cabrean tan fácilmente, a pesar de que lleva una tarde en la que no para de maldecir y gruñir por todo.

—Y lo hacía, pero tus amigos, muy amables, me han invita-

do a que esperara dentro —susurra Jessica con una diminuta sonrisa nerviosa, y veo que los aludidos sonríen ampliamente.

Porque es habitual que ella se deje caer por el campo sin importar si hay partido o solo entrenamos, hasta el punto de que es conocida por todos, aunque es la primera vez que veo a Duncan cabreado por el hecho de que ella hable con cualquiera de nosotros.

—¿Puedes acompañar a Jessica a mi coche, Cameron? —me pregunta mi amigo, pero lo hace mirando a Steve y a Rick.

—No seas muermo, Duncan. Invita a tu amiga a la fiesta que vamos a hacer para animarnos por la derrota —suelta Steve.

—Seguro que se lo pasará bien con nosotros —lo secunda Rick asintiendo con fervor.

—Cameron, por favor —farfulla con los dientes apretados mientras señala hacia la salida, para después mirar a su amiga y suavizar el gesto—. Es que quiero comentarles una cosa del partido. Ahora salgo.

—¿Vamos? —le pregunto a Jessica, y ella entorna sus enormes ojos marrones hacia su amigo, se encoge de hombros y se despide de nuestros compañeros con una sonrisita.

Caminamos en silencio en dirección al aparcamiento y la miro de reojo intentando encontrar alguna lógica a la extraña amistad que tienen ellos dos.

Antes de conocerla, Duncan ya me había hablado de Jessica. Lo que no esperaba era que esa chica que bailaba ajena a todo el mundo moviendo su sinuoso cuerpo y que acabó chocando conmigo sería la famosa Jess. Supongo que Duncan me notó el asombro en la cara cuando me confirmó quién era la persona que tenía delante y que había llamado mi atención, pero mi amigo después no me dijo nada.

Es que ni en mil años me hubiese imaginado que su amiga sería una joven tan llamativa, de rasgos seductores, sonrisa contenida, mirada sincera y una melena teñida de azul que contras-

ta con su imagen tímida. Pensé que Duncan había exagerado sobre esa amistad y que simplemente la estaba vigilando porque sus respectivos padres son grandes amigos, pero no. He podido comprobar con mis propios ojos cómo todas las semanas, al menos un par de veces, quedan para hablar y ponerse al día e incluso para estudiar, aunque ambos estén en carreras y cursos distintos. He visto cómo él se preocupa por ella a diario, por su bienestar y por que esté cómoda en el apartamento que él mismo le ayudó a encontrar en Los Ángeles y que se halla en el edificio de al lado del suyo. He sido testigo de cómo la llama para saber cómo le van los exámenes, la academia de baile y la vida universitaria. En resumen, de cómo se porta con ella de una manera que no le he visto con ninguna otra persona hasta ahora.

Es extraño que Duncan Morris, el chico que cuando sale de noche cada vez se lleva a una mujer distinta a su casa, tenga una relación puramente amistosa con una joven como Jessica. Puede que suene superficial, pero con veintiún años y jugando como profesionales en la NFL cuando todavía no hemos acabado la carrera universitaria, que una chica como ella, alta, atractiva y con unos ojos tan llamativos, solo sea su amiga es raro.

Raro y difícil de entender.

Sobre todo, si conoces mínimamente a Duncan Morris.

Supongo que por esa razón, o porque paso de líos, me he mantenido alejado de Jessica al máximo. Es cierto que me llamó la atención nada más verla, pero, cuando me enteré de quién era, eliminé ese interés de raíz.

—Siento que hayáis perdido —susurra Jessica arrancándome de mis pensamientos, y me encojo de hombros porque tampoco es el fin del mundo.

No estamos teniendo una mala temporada; al contrario, estamos ganando y esta solo ha sido nuestra tercera derrota...

aunque Duncan parece que esta vez se lo haya tomado de un modo más personal, como si hubiésemos perdido por su culpa, cuando no ha sido el caso...

Llegamos al Ford Mustang de segunda mano de Duncan justo en el momento en que él sale del estadio y avanza hacia nosotros a grandes zancadas. Parece que la conversación ha sido corta y ha salido a toda prisa hasta nosotros, porque prácticamente nos ha pillado. Jessica se apoya en la carrocería mientras se cruza de brazos y lo observa.

—No tienes que fustigarte —le comenta en cuanto Duncan llega a nuestro lado—. Has cometido errores, sí, pero puedes aprender de ellos.

—No me sueltes frases optimistas, Jess, hoy no —resopla él, y me fijo en cómo desliza los ojos por el cuerpo de su amiga, de arriba abajo.

Esto es lo que está viendo: Jessica lleva una falda corta de licra que se pega con descaro a su culo, un top escotado de color blanco que deja ver parte de sus redondos y generosos pechos y el cabello azul acariciando sus hombros. Sin embargo, es raro que mi colega le haga ese repaso, porque no es la primera vez que yo haya visto que Jessica se vista como una chica de su edad.

Es cierto que es muy atractiva, pero parece que él acabe de darse cuenta.

—Entonces no sé para qué te he estado esperando —murmura ella negando con la cabeza.

—Pues para que te lleve a tu apartamento —señala Duncan, y desvía los ojos a su coche.

—No voy al apartamento —dice ella con una pequeñísima sonrisa, y me mira de reojo para después devolver la atención a su amigo—. He quedado.

—¿Con quién?

—Con unas amigas y... —añade mirando la hora— ya llego tarde.

—¿Quieres que te acerque...?

—¡No! Es aquí al lado. Solo te estaba esperando para recordarte que no eres perfecto, aunque tú creas que sí —lo interrumpe.

—Soy perfecto, Jess —replica Duncan, y Jessica se carcajea mientras niega con la cabeza.

—Nadie lo es, ni siquiera tú, don fanfarrón. —Se acerca a Duncan para darle un fuerte abrazo—. Y no te agobies, ya verás como el siguiente partido lo bordas —susurra guiñándole un ojo—. Nos vemos, chicos —añade al tiempo que me mira de reojo y levanta la mano a modo de despedida.

—Diviértete —musita Duncan.

—¡Eso haré!

Da media vuelta y comienza a correr alejándose de nosotros mientras se coge el borde de la faldita para que no se suba por sus torneados muslos.

—¿Qué les has dicho a Steve y a Rick? —le pregunto; observo que mi amigo sigue con la mirada anclada en la figura de Jessica, que cada vez está más lejos, algo que intento no hacer yo.

—Que se olviden de Jessica de una puñetera vez. Ella es intocable porque va a ser la futura mujer de Duncan Morris —afirma con un hilo de voz, y no dudo en mirarlo extrañado ante esa confesión. Después se vuelve para enfrentarme y resopla con frustración—. Esto se me está yendo de las manos, Cam... ¡Maldita sea! Incluso verla en las gradas ha afectado a mi juego esta tarde...

—¿Por qué?

—Porque antes no era consciente de cómo era, no me daba cuenta, pero desde que está viviendo en Los Ángeles..., joder. ¿Tú la has visto? Es preciosa, inteligente, dulce, amable... y es mi mejor amiga de siempre, ¡maldita sea! Y... —Cierra los ojos un segundo, abre la parte trasera del Mustang y lanza la mochila adentro con rabia—. Y creo que me estoy enamo-

rando de ella, ¡me cago en mi puta estampa! —Cierra el maletero más fuerte de lo necesario y se queda cabizbajo..., como si enamorarse de su mejor amiga fuera una debacle de dimensiones épicas y él no estuviera preparado para afrontar ese enorme desafío.

—¿Por qué no se lo dices?

—Está empezando a disfrutar de la libertad, Cam, y quiero que lo viva todo; que crezca, que se divierta, que esté con chicos, sí. Así de gilipollas soy, pero no con ninguno de ellos, maldita sea —masculla señalando el estadio de fútbol—, y que un día se dé cuenta de que estamos hechos el uno para el otro. No tengo prisa —añade con tranquilidad—. Por ella soy capaz de esperar toda una vida.

Y, sin más, se mete en el coche dejando esas palabras volando en el aire.

Duncan Morris, el *quarterback* más mujeriego de Los Angeles Rams y de la UCLA, enamorado de su mejor amiga y capaz de esperar por ella el tiempo que haga falta.

Si no es porque lo he oído salir de sus labios, no me lo habría creído. Lo conozco desde finales de abril, cuando los novatos empezamos a entrenar en el equipo. Enseguida nos hicimos colegas, conectamos rápidamente, y me imagino que por esa razón me extraña tanto esta confesión. Porque él nunca, ¡jamás!, ha hablado sobre el amor.

Hasta ahora.

Refiriéndose a Jessica.

Y puedo llegar a entenderlo, porque su amiga es la mezcla perfecta de timidez, encanto, delicadeza, tentación e ingenio.